

EL HIJO, ESE REBELDE

A CABO de venir de Valencia. Allí he dado una conferencia a las Asociaciones de Matrimonios. Esa nueva forma de actuar en cristiano que no es ya el individuo aislado, sino la pareja, el hombre y la mujer conjuntamente.

Mejor todavía, no sólo ellos, sino la familia. Porque esos matrimonios no pretenden encerrarse por más tiempo en su propia y limitada vida; quieren ser célula constructiva de una sociedad más justa, y por más justa más cristiana.

El III Congreso Mundial de Apostolado Secular pidió, en el mes de octubre último, desde el centro geográfico de la cristiandad, que se elaborase una teología —una reflexión cristiana— de la familia. Y que colaborasen teólogos de oficio, católicos y protestantes, y los propios seglares. Porque hora es ya de que terminen las divagaciones religiosas en el vacío, que se han dicho muchas veces acerca de estos problemas. Divagaciones que pueden no ser del todo falsas, pero que, desde luego, no son ni acertadas ni constructivas en su mayor parte.

Hemos de construir un **pensamiento vital** (el racio-vitalismo que quería Ortega) que ha de ser aceptable al «homo-faber», a ese hombre que suda su propio quehacer. Haremos así —son palabras del Padre Congar, O. P.— una **teología inductiva**, que parta de hechos reales y vividos, y que no pierda jamás el contacto con ellos. En vez de hacer una teología deductiva, muy atractiva y muy elegante, pero demasiado poco comprometida, nos enfrentamos con una nueva tarea, que sea cometido de todos.

Teología que, además, ha de ser **democrática**, como pedía el sejar Kerstiens en este Congreso Internacional. No puede realizarse sólo desde una celda monacal, o desde un despacho de cénlibe eclesiástico.

Tiene que ser pergeñada entre las entretelas de la vida cotidiana.

M OY no es ninguna novedad que la familia está en plena crisis, no queramos engañarnos. Su estructura se tambalea; la vida contemporánea la está minando.

Y, sin embargo, todos —creyentes y no creyentes— tenemos que admitir un hecho, comprobado por la actual psicología social: el joven necesita del clima comprensivo de una familia. No de la aburrida y paternalista familia que gozamos —o sufrimos— en el tiempo de nuestros padres, sino de una **nueva familia** en que las relaciones padres e hijos sean más dialogantes, más cooperadoras, más promotoras de la personalidad y, por todo ello, menos autoritarias.

El hijo se ha vuelto un **rebelde**, y no sólo, como en otros tiempos, un solitario inconformista que se oponía —más o menos discretamente— a sus padres. Hoy la juventud muestra su rebeldía en grupo; tiene —o empieza a tener— conciencia de ser un grupo social. Cualquier lucha o reivindicación que emprende, es colectiva.

Nuevo fenómeno en la historia del hombre. Porque, hasta ahora, se producía un desfase ante las generaciones de los padres y de los hijos, pero el problema se planteaba sólo en el plano individual. Actualmente es distinto: el conflicto se manifiesta en un amplio número de jóvenes, que tienen una conciencia de solidaridad, que se manifiesta ante el mal que creen apreciar en la sociedad o ante un ideal —más o menos vago, pero vivido fuertemente— que les une en una meta común, como vio Ortega y Gasset.

A este fenómeno se une otra característica que parece a primera vista incongruente con la sinceridad que es propia de nuestra época: sinceridad que suele acabar en brusca franqueza. Esta ca-

racterística es la **falta de confianza** de los hijos en los padres.

Una revista salesiana publicó hace un año una expresiva encuesta entre chicas católicas, y en ella podía apreciarse que el setenta y uno por ciento creían que sus padres no las comprendían, y el 69 por ciento no tenían confianza para plantearles sus propios problemas a sus progenitores.

En Navarra —no hace todavía un año— se hizo otra encuesta de gran interés: el 70 por ciento de los jóvenes navarros consultados —entre los catorce y los dieciocho años— sufrían dificultades de convivencia con sus padres, y el 64 por ciento no veían fácil un diálogo con ellos.

Y estos mismos muchachos no tuvieron inconveniente en pedir, con total franqueza —el 93 por ciento nada menos—, que fueran los padres quienes les iniciasen en un conocimiento sano de la sexualidad, y no lo dejaran al azar o en manos de algún confesor más o menos preparado.

El resultado más extremo de esta **dificultad familiar** —que es todavía más acusado en otros países que en el nuestro— ha dado como resultado —por ser su causa básica— la delincuencia juvenil, los desarreglos psíquicos y la falta de adaptación escolar.

«Los criminólogos modernos hacen notar que muchos delincuentes están bajo el peso de no haber sido apreciados suficientemente desde niños» (J. P. Schaller, «Moral y afectividad»).

Los niños son las primeras víctimas psicológicas de la falta de cohesión y entendimiento de los padres, y el resultado es «desastroso», afirma la psicología clínica, según Schaller.

Así no es extraño que en Norteamérica la delincuencia juvenil dé un resultado extraordinariamente alarmante: hay un delito por niño y año (lo cual no quiere decir que todos los niños cometan un delito al año, sino que, sumados todos los niños de U. S. A., el número de delitos es igual que esa cifra de la población infantil).

Si vemos en el colegio un niño discolito, si en la Universidad se manifiestan los estudiantes, ¿cuál será el deber de los padres? ¿Crear que sus hijos son «imposibles», o hacer un examen de conciencia para comprender el «problema» de sus hijos?

Y no olvidemos ahora que comprender —como dice el filósofo católico A. Brunner, S. J.— es aceptar. No se resuelve un problema con la sola actitud negativa —por justificada que nosotros, los mayores, la creamos—, es preciso algo más profundo y humano, si de verdad se quiere resolver el conflicto.

Se me dirá que esto es difícil. Y, ¿quién lo ha negado? Pero sobre todo lo es —tengo que añadir— cuando se han dejado correr las cosas demasiado tiempo, cuando no hemos sabido enfrentar, con cariño y espíritu dialogante, los problemas humanos que están latentes tras cualquier postura reaccional en la escuela, en la calle o en el hogar.

L O mismo puede aplicarse esto a lo **religioso**. Hoy no va siendo ya ningún secreto en España la actitud negativa, de una parte apreciable de nuestra juventud, hacia la religión. Encuestas —sobre todo procedentes del mundo universitario y obrero— así lo manifiestan. Y la experiencia de quienes como yo y otros muchos como yo, están en contacto constante con esta juventud, lo avala igualmente.

Hace pocos meses tuve una convivencia con universitarios y universitarias —unos treinta—, y el 50 por ciento de ellos —dispuestos como estaban a hacer una reflexión honda sobre sus propias vidas— eran, sin embargo, **no católicos** y más o menos vagamente creyentes (incluso una cuarta parte no creían).

por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

En Valencia he tenido en estos días un coloquio con un buen núcleo de universitarios. Duró hora y media, de preguntas y respuestas: ¿, ¿podéis creer que ni uno sólo dejó de atacar a la Iglesia en su estructura visible y exterior?

En un colegio de segunda enseñanza, que conozco bien, los veinticinco estudiantes de «Preu» han solicitado —salvo dos o tres excepciones— acogerse a la nueva ley sobre enseñanza religiosa, pidiendo a sus padres que les eximan de ella.

El **infantilismo religioso** en que hemos tenido a nuestros hijos está dando sus frutos negativos en un mundo que se vuelve adulto, por causa de la ciencia, la técnica y la cultura contemporáneas.

No podemos ya enseñar una religión de Reyes Magos y de idílico Paraíso Terrenal; es necesario que nuestros hijos sepan la verdad sobre ello, y conozcan —en ésta o en otras cuestiones— lo que piensan hoy muchos especialistas católicos sobre cualquier tema básico. Y que no se asusten los padres por hacerlo; que piensen más bien que las ideas religiosas que hoy transmitan a sus hijos han de ser las que dentro de diez, quince o veinte años estarán en sus mentes, y las compararán no con nuestra cultura de hoy, sino con la de mañana, que será mucho más avanzada que la nuestra, en vez de ser tan retrasada e infantil como la que —en el plano religioso— les imbuimos generalmente. Cuando enseñamos biología en el Bachillerato, ¿pensamos que el **evolucionismo** —a pesar de ser verdadero— es peligroso, y les explicamos el falso **fixismo** que Cuvier sostuvo hace siglo y medio? Ciertamente, no; pues igual debemos hacer en religión.

Nos forjamos una idea falsa de lo que necesitan los niños, y no nos damos cuenta que precisan —valga la paradoja— ideas religiosas todavía más «adultas» que las nuestras, y no más infantiles, como equivocadamente les solemos dar.

El **autoritarismo** sin diálogo ni participación activa, es otra de las carcomas en la educación de la niñez, adolescencia y juventud. Un cierto orden es necesario, y una cierta obediencia también. Hasta los delincuentes juveniles sienten su necesidad —como Sheldon y Glueck estudiaron durante diez años en 500 de ellos en la ciudad de Boston—, pero nunca debe ser ejercida como autoridad de simple **orden y mando**, sino uniéndola a ella el diálogo, la amistad, la comprensión y la mutua confianza, como enseñó Pablo VI a los cristianos.

Hace unos años recordé que Pío XII exigía a los educadores que estimulásemos constructivamente el afán de crítica que tiene la juventud actual tan acusado, y que nunca lo cercenásemos sistemáticamente. Porque esta cualidad era —según él— absolutamente imprescindible, en un mundo que avasalla —con sus propagandas y publicidad masivas—, y era el único medio para poder defenderse de la influencia que se ejerce sobre el subconsciente, y que modela **hombres-robots**, en vez de hacer seres conscientes y libres.

Propugné también en Valencia, y propugnaré siempre, una **familia abierta**. En que la mujer pueda promocionarse y no sea siempre deudora de su propio marido. En que los hijos no sean sistemáticamente disuadidos de preocuparse por el futuro de la sociedad, sino que participen de una sana inquietud —que les invite a interesarse personalmente por ello— y les haga ocuparse del porvenir, aunque sea a su nivel juvenil. En que los padres, si son cristianos, no estén preocupados solamente de una espiritualidad para ellos, sino de comprometerse más en lo temporal, en la estructura social de mañana.

Y pregunto a los padres: ¿no es éste el S.O.S., más o menos disfrazado, que nos lanzan hoy nuestros hijos con un lenguaje que no hacemos un esfuerzo suficiente por comprender?



en
**barcelona
y madrid**

FESTIVAL DE CINE PUBLICITARIO

El cine publicitario ha llegado a constituir no sólo una interesante y difícil especialidad, sino también un auténtico espectáculo. Y no cabe duda que este segundo aspecto resulta más significativo que el hecho de que ese cine haya alcanzado un nivel artístico y técnico rigurosamente ejemplar. El propósito último de toda película publicitaria —presentar, prestigiar, vender—, tiene forzosamente que despertar el interés en el ánimo del público a su solo anuncio y romper la posible reserva hecha de cautela y escepticismo con que el público acoge cualquier manifestación publicitaria. Una reserva que el cine no sólo disipa frecuentemente, sino que en ocasiones cambia rotundamente de signo. La demostración de que la publicidad filmada ha llegado a constituir un espectáculo con sentido propio la tenemos en los Festivales de cine publicitario y TV comercial que Movierecord, en colaboración con Estudios Moro, celebra desde hace varios años, y siempre por estas fechas, en los cines Windsor y Diagonal, de Barcelona, y Capitol, de Madrid. Los correspondientes a este año acaban de ser ofrecidos, respectivamente, durante los días 19 y 23 del pasado mes de enero. Sirvieron para presentar los primeros y segundos

premios concedidos para Cine y TV en el XIV Festival del Film Publicitario (Cannes, junio de 1967), en el que Movierecord-Moro obtuvo por tercera vez consecutiva, y entre otros premios, la Palma de Oro, trofeo reservado a la mejor producción conjunta inscrita en el certamen. El programa de este año tiene el carácter de una verdadera antología del cine publicitario internacional, y así lo apreció el público que llenó los locales señalados, cuyo aplauso fue unánime. El acto, tanto en Madrid como en Barcelona, fue ofrecido por don José Linten, Presidente del Grupo de Empresas Movierecord, y constituyó la manifestación publicitaria más interesante del año en nuestro país.

En el marco del Festival de Barcelona, se celebró el acto que los empresarios cinematográficos de Cataluña dedicaron al señor Linten. A la iniciativa se unieron los más representativos empresarios del resto de España, cuya asistencia a la cena dio a este homenaje un carácter auténticamente nacional. En nombre de todos, los ilustres empresarios señores Estrada y Vila Cardona, con la alta representación sindical de la industria de la exhibición que ostentan, subrayaron el carácter entrañable del acto.

